

Presentación

Este número de *Cuadernos de Arte* merece doblemente los honores de extraordinario, ya que por una parte ofrece un homenaje a una mujer universitaria de incuestionable ejemplaridad, la Profesora Encarnación Isla Mingorance, y por otra representa el inicio del que esperamos será un año intenso de reflexión crítica y creatividad cultural en torno a la figura del gran artista granadino Alonso Cano, de cuyo nacimiento se cumple este 2001 el IV Centenario. El Departamento de Historia del Arte y su órgano de expresión historiográfica pretenden con la presente publicación dar testimonio de los valores que lo presiden como corporación profesional y como centro de investigación de nuestra cultura.

Procediendo por grados, y de acuerdo con lo arriba enunciado, debo glosar en nombre de quienes componemos el citado Departamento la personalidad humana y académica de la Dra. Isla Mingorance, de cuya amistad he gozado durante años, como esa extensa y cualificada nómina representada por la amplia *tabula gratulatoria* que acompaña el número de *Cuadernos*. Asistí a la llegada a la Universidad de Granada de Encarnación Isla al inicio de los años 1970. Se trataba de una historiadora hondamente vocacional que se había dedicado a las tareas educativas con generosidad previamente, lo que no dejaba de suponer un enriquecimiento notable del caudal humano y la capacidad de un todavía minoritario grupo profesional dirigido por el Profesor Pita Andrade.

Su dedicación a la investigación ha sido, y sin duda seguirá siendo, muy constante y rigurosa. Dirigida de modo muy especial a la cultura del barroco andaluz y granadino, con especial preocupación por la arquitectura y el arte religiosos, se encuentra incardinada por su contribución al conocimiento de una figura capital de nuestra arquitectura del siglo XVIII como fuera el maestro José de Bada y Navajas, objeto de su tesis doctoral, brillante investigación admirablemente elaborada y concluida bajo la dirección del Profesor Sánchez-Mesa Martín.

El trabajo sobre Bada resulta, desde nuestra actual perspectiva historiográfica, imprescindible para el conocimiento y la valoración de nuestra arquitectura dieciochesca anterior a la Ilustración. Es una investigación que viene a despejar un buen número de cuestiones

planteadas acerca de la significación de la cultura y la sociedad de los dos primeros tercios del siglo XVIII y no menos acerca de la posición concreta del artífice del Sagrario de la Catedral granadina dentro del panorama artístico de su tiempo.

Próxima como se halla la fecha del III Centenario de la conclusión de la Catedral, durante el pontificado de don Martín de Ascargorta, vinculada a la figura de Hurtado Izquierdo, se hace necesario recordar la importancia de una época y de una obra, y su valor artístico e histórico dentro del conjunto catedralicio, como la significada por la iglesia del Sagrario. Bada lograría concluir en un momento como el representado por la España de los primeros Borbones, de recuperación social y político-cultural, la culminación de los ideales del humanismo cristiano. Se instala en el eje eucarístico del segundo crucero de la Catedral de Siloe, y, tal como analiza Encarnación Isla en las trazas de Bada que estudiara, culmina los ideales arquitectónicos y reformistas del humanismo cristiano en un plan que reinterpreta el ideal renacentista de San Pedro del Vaticano, la planta de cruz griega inscrita en un cuadrado, con una escala y un lenguaje arquitectónicos que hasta nuestros días se imponen por su perfección y armonía.

Sus investigaciones deshacen la idea equivocada de una decadencia artística, ofreciendo por el contrario la imagen de un florecimiento que se correspondería con la etapa de madurez de una gran cultura, la del Barroco católico liberado de la militancia y las tensiones excluyentes de la primera Contrarreforma y abocado a una expresión más ritual y estética que dogmática, y con la de regeneración de una sociedad crecida demográficamente y políticamente, tras las paces de finales del siglo XVII. Bada es un maestro cuya sabiduría y equilibrio habían desconcertado a nuestra historiografía, que había encontrado dificultades para situarlo dentro de una historia formal de determinación cíclica; los trabajos de Encarnación Isla lo colocan dentro de una corriente de renovación moderna del Barroco, con una relectura de la tradición renacentista actualizada con nuevos usos ornamentales que llegarán a Granada procedentes de Córdoba.

La Profesora Isla es asimismo la historiadora de una de las tipologías más significativas del Barroco setecentista, los camarines. Su monografía del camarín granadino de la Virgen del Rosario es uno de los textos más notables de la crítica iconográfica y forma sobre el tema. Los complejos valores de un espacio que reúne lo celebrativo, la historia y lo hierático, que posee todo el valor y la grandeza de lo sacral profundo y lo hierofántico, asociados a la conmemoración histórica, en este caso la triunfal batalla de Lepanto, e inseparablemente los ideales de nobleza y Monarquía, en este caso se expresan con un lenguaje que propicia la sensación de irrealidad y trascendencia.

Bada se hallará presente en otras obras, como la torre de la Compañía de Jesús, la iglesia de las Angustias, y presumiblemente la Cartuja. Restablecer su figura y su obra ha sido una contribución de Encarnación Isla que restituye a su auténtica dignidad histórica y grandeza artística al siglo XVIII granadino. Una investigadora excepcional alcanza la edad de la jubilación tras haber dado de modo constante testimonio de su talante humanista. Cuanto se insista en este aspecto resultará insuficiente, puesto que durante décadas su quehacer docente se ha basado en una firme convicción en los valores formadores del humanismo, sin el cual una disciplina como la historia del arte adolecería de sus principales virtudes cognoscitivas, éticas y sociales. La rigurosa cultura de nuestra profesora ha sido el funda-

mento de una exigencia esencial que resultará siempre inolvidable para los beneficiarios de su labor, tanto como para sus compañeros y amigos, erigiéndose en ejemplo permanente para las generaciones más jóvenes.

No resulta por lo que antecede menos significativo que este volumen se haya dedicado monográficamente a una serie de estudios sobre el Barroco, que tienen por fin conmemorar el IV Centenario del nacimiento de Alonso Cano que se cumplirá el próximo 19 de marzo de 2001. La dedicación de la homenajeada al Barroco granadino hace tanto más oportuna esta temática centrada en la principal figura de este momento. El Departamento de Historia del Arte edita con plena ilusión este volumen como primera entrega de una serie de iniciativas culturales en que participará junto con el resto de las instituciones locales, autonómicas y nacionales interesadas en hacer justicia al insigne artista.

Como anticipo este conjunto de trabajos se ocupa de cuestiones historiográficas, iconográficas y estéticas relacionadas con la figura del Racionero granadino y su obra, extendiéndose a la cultura de su época, antecedentes y coetáneos, sin olvidar las consecuencias que los valores estéticos profesados por Cano y los modelos de su poética tuvieron en las generaciones que le siguieron. Alonso Cano nace con el siglo XVII en una ciudad que está viviendo una intensa crisis espiritual, de importantes consecuencias culturales y artísticas, en víspera de la más estremecedora crisis social que desencadenará la expulsión de los moriscos.

Cano vive su infancia en una sociedad donde prende la creencia concepcionista, donde los ideales santiaguistas y los valores dogmáticos de la Contrarreforma impregnan la realidad urbana, inspiran la nueva monumentalidad, renovando las iconografías y las experiencias artístico-religiosas. Tal vez los nombres de Raxis, Pablo de Rojas y Alonso de Mena puedan resumir esta tensión innovadora, la búsqueda de la espiritualidad y la transformación del ritual colectivo. Cano que será un gran creador de tipos iconográficos y una figura clave en la modernización de nuestra arquitectura religiosa de finales del siglo XVII es el mejor intérprete de este proceso que sólo germinalmente se define en su infancia, el del humanismo cristiano moderno dominado por la tendencia a la acción frente a la ejemplaridad antiquizante del Renacimiento.

Pero en el cumplimiento de la estética de Alonso Cano son imprescindibles las etapas intermedias, la juventud sevillana o la plenitud madrileña, previas a su regreso a Granada en 1652. El Racionero se impregnará de clasicismo en las Academias sevillanas, de una profunda lección que le conducirá a la identificación entre belleza y santidad que resulta esencial en su obra. Asimismo la experiencia cortesana, que le pone en contacto sobre todo con Rubens y los grandes venecianos, va a marcar una poética en la que se persigue incansablemente el equilibrio entre estética y espíritu por parte de un artista que reflexiona a través del dibujo sobre las grandes propuestas figurativas europeas y españolas del Renacimiento y el Barroco.

Sus contradicciones son las de un apasionado defensor de la excepcionalidad de la creación artística en una sociedad dominada por el privilegio señorial y eclesiástico. En muchos aspectos nos parece hoy un romántico *avant la lettre*, de ahí el entusiasmo que tempranamente despertara en críticos y coleccionistas de los siglos XVIII y XIX, expresándose su

PRESENTACIÓN

apasionamiento por las artes en los numerosos conflictos historiados por sus biógrafos, en especial Lázaro Díaz del Valle, y recogidos por la leyenda. Los conflictos con oidores y cabildos, los enfrentamientos con la justicia, y aún el rechazo legendario de la cruz mal tallada en su lecho de muerte constituyen esa contradictoria forma de ser moderno de Cano. Su modernidad más destacable, sin embargo, se deduce de su propia obra, ella nos ha proporcionado algunos elementos esenciales como el gran símbolo urbano de la fachada catedralicia, la renovación arquitectónica de la perdida iglesia del convento del Ángel que tendrá su eco en otras obras granadinas posteriores. Pero sobre todo en la vigencia de sus Vírgenes y Cristos, vivos en la experiencia estética, de los tipos escultóricos más diversos como Adán, Eva o San Pablo. En la grandeza, serenidad e inagotable emoción estética representadas por su Inmaculada. Con la brevedad de esta presentación quisiera destacar sobre todo que permanecen y permanecerán en Cano como grandes razones para su relectura, su comprensión de las artes, su modernidad estética y el equilibrio entre trascendencia y belleza.

IGNACIO HENARES CUÉLLAR
Director del Departamento de Historia del Arte